Los llamados *siete pecados capitales* en el refranero español (I)

ISABEL DE TORRES RAMÍREZ
Universidad de Granada

Reconociendo mi condición de *amateur*, mi interés por los refranes y no la pericia de la especialista motiva este trabajo que espera aportar alguna reflexión útil.

La idea de escribir sobre «Los llamados *siete pecados capitales* en el refranero español» se me ocurrió recordando un libro publicado por primera vez en 1966, del que se han hecho múltiples ediciones. Me refiero a la obra de Fernando Díaz Plaja *El español y los siete pecados capitales* (1969), que comentaré enseguida, no sin antes comentar que el tema me pareció adecuado por su interés intrínseco y, sobre todo, porque me permitía analizar un *corpus* muy abarcable. Tras poner manos a la obra, pude comprobar que, por razones de espacio, no me iba a ser posible glosar todos los vicios y sus correspondientes virtudes; por eso decidí centrarme sólo en la envidia y la soberbia, y estudiar los demás en posteriores trabajos.

Volviendo al libro de Díaz Plaja, que yo leí con fruición la primera vez que me enfrenté con él en la década de los sesenta, me ha producido en la segunda lectura, realizada hace sólo unos meses, una doble sensación. De una parte, desde mi sensibilidad femenina y feminista, me ha sorprendido, si no el machismo, sí el androcentrismo presente en la obra. Díaz Plaja no utiliza un lenguaje inclusivo en el título de su libro; cuando menciona a los españoles, habla de «los españoles» *sensu stricto*, no de las españolas, que sólo aparecen como un subrayado y para corroborar el comportamiento de *sus* varones, omnipresentes y únicos protagonistas de cuanto se escribe a lo largo de casi trescientas páginas. Luego, también me ha llamado la atención cómo ha cambiado la sociedad española en pocos años. Muchas de las cosas afirmadas por el autor sobre los hábitos, reacciones y acciones de los españoles en relación con la gula, la lujuria o la pereza —por no mencionar sino los más significativos— actualmente ya no están vigentes entre nosotros.

No obstante, es probable que la visión ofrecida por Fernando Díaz Plaja en la mencionada reflexión se aproxime más a la que vamos a rastrear en el refranero, puesto que en ambas fuentes, presumiblemente al menos, se nos muestra la que podríamos considerar como nuestra idiosincrasia particular antes de que las circunstancias socio-económicas y también la adscripción inevitable a lo que McLuhan denomina la «aldea global» hayan desvirtuado, borrado o diluido algunos de los rasgos que nos han pertenecido como pueblo durante siglos. A comprobar lo dicho voy a aplicarme desde ahora mismo, tratando de mostrar cómo se reflejan en nuestro refranero la soberbia y la envidia, dos de los llamados pecados capitales, y las virtudes que se les oponen —humildad y caridad— sin más tarea que yuxtaponer adecuadamente y comentar las paremias seleccionadas.

Para realizar este análisis parto, como material inicial, de las paremias que bajo los epígrafes correspondientes se recogen en la tercera reimpresión del conocido repertorio paremiológico de Luis Martínez Kleiser, *Refranero General Ideológico Español* (Martínez Kleiser, 1989).

Recordaré todavía qué se entiende por pecados capitales y cuáles son, utilizando el nº 1.866 de la última versión del *Catecismo de la Iglesia Católica*, aparecida recientemente, donde puede leerse: «Los vicios pueden ser catalogados según las virtudes a las que se oponen, pero también pueden ser referidos a los *pecados capitales* [...]. Son llamados capitales porque generan otros pecados, otros vicios. Son la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la pereza» (*Catecismo*, 1992: 420).

Empecemos con la soberbia, a la que se concede una gran importancia en nuestra sabiduría popular, donde se afirma nada menos que: *La soberbia, es de los vicios reina.*

LA SOBERBIA

No encontramos en el repertorio de Martínez Kleiser que nos sirve como fuente la forma *soberbia* introduciendo a ningún conjunto de refranes. El autor se limita a remitir a *orgullo* ('Arrogancia, vanidad, exceso de estimación propia, que a veces es disimulable por nacer de causas nobles y virtuosas'), forma que sólo parcialmente coincide con la primera en su contenido semántico, en concreto *orgullo* se corresponde con la acepción 2 que el *Diccionario* de la Real Academia Española (DRAE) recoge sobre *soberbia*.

Efectivamente, en el artículo lexicográfico correspondiente del DRAE leemos: «*Soberbia*: 1. Elación de ánimo y apetito desordenado de ser preferido a otros; 2. Satisfacción y desvanecimiento en la contemplación de las propias prendas con menosprecio de los demás; 4. Cólera e ira expresadas con acciones descompuestas o palabras altivas o injuriosas»[1]. Todos estos sentidos podemos encontrarlos rastreando los refranes que Martínez Kleiser recoge bajo *orgullo*, singularmente las acepciones 1 y 2, como voy a mostrar enseguida.

Si hacemos caso al refranero, la soberbia es algo casi congénito en algunas personas, hasta el punto de que muchos *Aún no han salido del cascarón y ya tienen presunción*, un vicio éste que atenta nada menos que contra la natural igualdad del género humano, pues *Las gentes iguales son, si no hubiera presunción*. La persona soberbia se detecta por algunos rasgos casi físicos: *Con el aire se hincha el odre y con la vanidad el hombre*; *Dos orgullosos no caben en un burro*. La tendencia a sobrevalorarse puede fomentarse desde fuera, pero encuentra dentro de cada uno/a un gran resonador: *Lo que el adulador te dijo una vez, el amor propio te lo dirá diez*. Para evitar caer en ella, el refranero aconseja no perder de vista los orígenes, no vaya a ser que *Cuidando dónde vas, te olvides de dónde vienes*.

La soberbia entendida como orgullo puede nacer de muy diversas causas. En primer lugar, la sobrevaloración de las propias prendas puede dar lugar a actitudes orgullosas e insolidarias: *Quien piensa que todo lo merece, nada agradece*, aunque no pocas veces se constate que *Quien menos vale más presume*. Es más, *Cuando un asno es muy asno, entonces se tiene por caballo*, y es que *Sólo el necio tiene sus cosas en mucho aprecio* y también *A cada pajarillo le suena bien su cantarcillo...*, precisamente porque es el suyo, y así: *La rana se encanta de lo bien que canta*. La atribución de méritos ajenos, incluyéndolos en el propio *curriculum*, es igualmente una consecuencia de esta falta de equilibrio en la valoración propia: *¿Qué haces mosquito? Aramos; y estaba en el cuerpo del buey*; *Entre yo y el cura le dimos el santolio*, etc.

Todavía sigue siendo un motivo de presunción el haber nacido en una casa noble, aunque hubo un tiempo en que se alardeaba de pertenecer al proletariado. El refranero español se hace eco de esta segunda causa de orgullo y bromea tomándola como argumento. Sentencia la sabiduría del pueblo que *Si el padre se escogiese, no habría hijos de ruines, sino de duques y marqueses*, pero es consciente de que hay *Don Pedros con mucho pergamino y poco medro* e insiste en que *Presumir de hidalguía con la bolsa vacía es pura tontería*, ya que *Después de Dios la olla, que lo demás es bambolla*, puesto

[1] Prescindo de la acepción tercera porque no tiene nada que ver con el sentido que aquí nos interesa.

que no es infrecuente el que *En casa de los Pimenteles unos pimientos sobre los manteles; y en la de Sancho Sánchez, salmones y faisanes*; de hecho, en el Campo de Calatrava ya sabían que *Calatravos y Arrieros, los primeros plumas; los segundos dineros*. Para presumir de linaje, ayuda mucho estar lejos del lugar de origen y así reza el refrán *No hay forastero que venga de mala gente, ni viejo que no haya sido valiente*. Termino este párrafo con una paremia que me atañe: *El* de *de los apellidos no hace nobles, sino presumidos*.

La tercera causa que puede generar orgullo o soberbia es la riqueza: *Abundancia y soberbia andan de pareja*, pues *De rico a soberbio no hay palmo y medio*; de aquí que *Mucha soberbia y pocos bienes mal se avienen*. Paradójicamente, *Riqueza engendró a soberbia y soberbia engendró a pobreza*. La riqueza ciertamente es buen caldo de cultivo para la presunción y la vanagloria: *De hacienda un doblón y mil de presunción*; *De renta ciento y mil de viento*. Aunque también en este caso pueda darse gato por liebre, *Caballero de fantasía, velón con poco aceite y mucha torcía*, la verdad es que aprovecha poco; primero, porque existen signos externos que delatan la falsedad: *Señal de caballero cierta, el caballo y no las espuelas*; luego, porque *Don sin renta, nada vale, aunque algo representa* y *Mal retintín tiene el don sin din*; por último, porque *Todo el orgullo y la opulencia paran en siete pies de tierra*, la muerte nos iguala a todos, como ya pusieron en evidencia las famosas danzas de la muerte medievales, que hacen buena la máxima siguiente: *Todos nacimos en cueros, y si vanidad nos viste, la tierra nos deja en los huesos*.

A pesar de que he dejado dicho que *Mucha soberbia y pocos bienes mal se avienen*, también el orgullo es patrimonio de los pobres: *Hasta los ratones quieren tacones*; *Hasta los gatos quieren zapatos*; *Cualquier monigote tiene cuatro dedos de cogote*. Si siempre es la soberbia un vicio reprobable y molesto, cuando se produce *Vanidad y pobreza, todo en una pieza*, el refranero pone de manifiesto que ser pobre y orgulloso es, si cabe, un desorden y un sufrimiento mayor: *Orgullo sin dinero bocanada de viento*; *¿Qué mayor desconsuelo que mucho peine y poco pelo?* Sin olvidar que *No tener y gravedad, necedad*, como probablemente alguien se ocupe de recordar, pues es igualmente cierto que *Ponte en más de lo que eres y decirte han de quién vienes*.

La belleza física puede también ser motivo de orgullo. De hecho, *Perecer por parecer no es cosa rara de ver*. Y esto tanto los hombres como las mujeres, aunque todavía ellos disimulen que les gusta estar guapos y que están orgullosos si lo son. Todos y todas están dispuestos a *Pasar cochura por hermosura*, aunque se critique que *Hay hombres tan vanos, que se miran al espejo aún estando con la candela en la mano*, es decir, en trance de muerte, cuando cualquier persona avisada sabe que *Orgullo, riqueza y hermosura, son nada en la sepultura*.

Abunda el refranero sobre la idea de que *Si de la tierrra naciste y a la tierra has de volver, ese orgullo, ¿para qué?*, sentenciando que *Necio o loco es el orgulloso, pues no medita en que fue lodo y será polvo*, y también: *Vanidad humana, pompa vana: humo hoy y polvo mañana*, muy en la línea del *Eclesiastés*, que comienza con la conocida afirmación «Vanidad de vanidades y todo vanidad...».

Parece evidente, por lo dicho, que para nuestra filosofía popular la soberbia es algo reprobable y, además, algo peligroso y ridículo; peligroso, por cuanto *La honra del soberbio, en deshonra torna presto*, pues *El orgullo almuerza con la abundancia, come con la pobreza y cena con la vergüenza*, sin olvidar que *El mucho tener, mucho valer y mucho poder, hace a los hombres no conocer (o echa a los hombres a perder)*. Ridículo, ya que el soberbio se pone en situaciones que merecen la ironía del refranero: *¡ Aire, aire; que pasa don Nadie!*; *Hay quien, por darse importancia, dice que viene de Francia*; *Acudió Don Preciso y para nada falta hizo*; *¿Qué quedaría de D. Nadie si le sacaran del cuerpo el aire?...*

Para terminar con este vicio, y antes de dar cabida a la virtud opuesta, veamos cómo se ha de tratar a los orgullosos. Sintéticamente: con cautela, sin generosidad y, mejor, no tratarlos, según se expresa en estos refranes: *Al vanidoso, húyele más que al leproso*; *Al hombre soberbio, no favorecerlo*; *Al mozo galano, dale de mano* y *Con hombre vano, ni en invierno ni en verano* y es que *Para el orgulloso y necio, lo mejor es el desprecio*. No he encontrado máxima alguna que haga

alusión a la parte positiva que puede tener el orgullo que, como reza la definición que cité al principio de esta exposición, «a veces es disimulable por nacer de causas nobles y virtuosas».

Como es bien sabido, contra soberbia, humildad. La humildad es la virtud que ayuda a superar el mal hábito de la soberbia. El DRAE define *humildad* como la «Virtud cristiana que consiste en el conocimiento de nuestra bajez y miseria y en obrar conforme a él». El refranero no contradice esta descripción lexicográfica cuando recomienda: *Mira adónde vas, pero no te olvides de dónde vienes*, o cuando afirma que *Todos nacemos desnudos*. Son características de la persona humilde la sinceridad: *Cada uno venda lo que pregone, y a más no se entone*; la llaneza: *Cuanto más grandeza, más llaneza*; la modestia: *Lo que mucho vale, de so tierra nace*; *Dentro de la concha está la perla, aunque no puedas verla*[2]; la dignidad: *Ni por rico te realces, ni por pobre te rebajes*; *Cada cual en su sitial*, y la paciencia: *Humildad y paciencia, ambas van por una senda.*

El ser humilde tiene ventajas e inconvenientes que el refranero se encarga de enumerar. Por ejemplo, se indica que *Cuanto más uno se humilla, tanto más Dios le sublima*; *Quien vive oscuro vive seguro*, la dorada mediocridad de los clásicos; *Siéntate en tu lugar, no te harán levantar*, de honda raigambre evangélica... Pero se advierte igualmente que *Fray modesto nunca llegó a Prior*; *A quien se hace cordero, el lobo se lo come* o *Haceos miel, y os comerán las moscas*... Quizá la clave esté en *Doblar, pero no quebrar*, lo dejo a su consideración, pues es preciso pasar ya a tratar de la envidia.

LA ENVIDIA

La envidia ocupa también un lugar de honor en el cuadro de los siete pecados capitales. Además, según muchos autores, es nada menos que nuestro vicio nacional. El DRAE la define así en su acepción primera: «Tristeza o pesar del bien ajeno». Algo muy similar expresa el refranero cuando afirma: *Al pesar por el bien ajeno, llaman envidia y es veneno*. Desde el punto de vista psicológico, según puede leerse en una guía reciente, «La envidia es un sentimiento desagradable que se produce al observar que otro tiene algo que uno desea» (Díaz-Aguado, 1997: 13). La envidia, pues, «se produce como consecuencia de dos tendencias que llevan al individuo a desear lo que no tiene y a compararse con los demás» (Díaz-Aguado, 1997: 14). Tanto el aspecto poco grato de este vicio como su doble proceso que acabo de subrayar se reflejan en las máximas de nuestro refranero que, una vez más, se nos muestra como un excelente manual de psicología. En cuanto a lo primero: *Todos los pecados son gustosos, menos el del envidioso*; *La envidia no consiente reposo, porque es un mal muy doloroso*. Que las personas desean con frecuencia lo que no tienen y no aprecian lo propio es casi proverbial: *Nada tan bueno como lo ajeno*; *El mejor racimo, el de la viña del vecino*. Y la propensión a comparar, menospreciándose, queda explícita en este refrán: *La gallina que otro cría, pone más huevos que la mía.*

Como Agustín de Hipona, la sabiduría popular española ve en la envidia «el pecado diabólico por excelencia» (*Catecismo*, 1992: 551), y así dice: *Nada hay tan odioso, como un envidioso*; *El envidioso es un mártir, pero del diablo*, pues *Mártir es de su pecado, quien por la envidia está esclavizado*. Otro Padre de la Iglesia, S. Juan Crisóstomo, enumeraba los males que se derivan de la envidia en los siguientes términos: «De la envidia nacen el odio, la maledicencia, la calumnia, la alegría causada por el mal del prójimo y la tristeza causada por su prosperidad» (*Catecismo*, 1992: 551). Como si hubieran tenido delante tal enumeración, desgranan los refranes que ofrezco seguidamente las consecuencias de tal defecto en quien lo padece: *La envidia es orín que corroe las entrañas del ruín*; *Cada necio tras su fuego, dice mal del bien ajeno*; *El envidioso, por verte ciego se saltaría un ojo*; *Pésale al malino el bien de su vecino*, concluyendo que *El envidioso es un animal ponzoñoso*, mientras que *En corazón generoso, no cabe ser envidioso.*

---

[2] La modestia debe ser moderada, ya que es constatable que *Modestia exagerada, modestia falsa.*

El pecado de la envidia mortifica en primer lugar a quien lo sufre, pues *El envidioso nunca es dichoso*, pero, a pesar de ello, no es éste en modo alguno un defecto que afecte a pocos, ya que *Si los envidiosos volaran, no nos daba nunca el sol*. El mejor antídoto contra este vicio capital es la bondad, pues *Hombre bondadoso, nunca es envidioso* y es que *De almas bien templadas es no tener envidia de nada*.

Recordemos que el catecismo recomienda «contra envidia caridad», que según el DRAE en su acepción segunda es la «Virtud cristiana opuesta a la envidia y a la animadversión». En el repertorio de Martínez Kleiser se contempla la caridad más como virtud teologal, concretada en amor y atención al prójimo necesitado, por lo que no me sirve para hacer desde los refranes que recoge ningún comentario que pueda interesarnos aquí. Sí quiero resaltar, por último, que no hay en el material utilizado —no lo he encontrado yo al menos— ningún refrán que se refiera a la envidia en el segundo sentido en que la recoge el DRAE, es decir, como «Emulación, deseo honesto», aspecto que también resalta la citada guía práctica sobre la envidia (Díaz-Aguado, 1997: 14), donde se alude a una «envidia sana», de carácter positivo y estimulante, no están muy finos en esto los autores de nuestros refranes, o su compilador.

Después de la reflexión que precede, según anuncié al principio, sería conveniente llegar a alguna conclusión, dando respuesta a preguntas como ¿se refleja de algún modo nuestra idiosincrasia particular en relación con los pecados capitales a través de las máximas de nuestro refranero? ¿Qué hay de permanente en nuestro modo de ser y de expresarnos en lo que se refiere a la cuestión que nos ocupa? Y alguna otra que no formulo, ya que el material que hemos analizado ha sido exiguo y no nos permite concluir autorizadamente. Espero dar la solución de este párvulo enigma, tras haber estudiado todos los pecados capitales que faltan.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CATECISMO de la Iglesia Católica (1992). Madrid: Asociación de Editores del Catecismo.

DÍAZ PLAJA, F. (1969): *El español y los siete pecados capitales*. Madrid: Alianza Editoria [Hemos consultado la 5ª edición].

DÍAZ-AGUDO, M.J. (1997): *La envidia*. Madrid: Aguilar.

MARTÍNEZ KLEISER, L. (1953=1989): *Refranero general ideológico español*. Edic. facsímil. 3ª reimpresión. Pról. de J. Calvo Sotelo. Madrid: Hernando.

TORRES RAMÍREZ, I. (1997): «Sobre la amistad y los amigos en la Filosofía popular española», *Paremia* 6: 601-605.


REFRANES,
O PROVERBIOS EN
ROMANCE, QVE NVEVAMEN-
te colligio y glosso el Comenda-
dor Hernan Nuñez, Profesſor
eminẽtiſſimo de Rhetorica,
y Griego, en Salamanca.
VAN PVESTOS POR
la orden del A b c.
DIRIGIDOS AL ILLV
ſtriſsimo señor Marques de Mon-
dejar, Preſidente del conſejo
de las Indias, &c.
VAN TAMBIEN AQVI
añadidas vnas coplas, hechas
a ſu muerte.
CON PRIVILEGIO
Effa taſſado en
EN SALAMANCA,
En caſa de Iuan de Canoua.
1555.